

**Algunas reflexiones sobre cuestiones  
que el neofascismo plantea  
a los partidos políticos  
para la definición de su rol  
bajo un régimen militar en Latinoamérica**

**RAUL ALFONSIN**

**ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE CUESTIONES  
QUE EL NEOFASCISMO PLANTEA  
A LOS PARTIDOS POLITICOS  
PARA LA DEFINICION DE SU ROL  
BAJO UN REGIMEN MILITAR EN LATINOAMERICA**

**RAUL ALFONSIN**

Trabajo presentado en el Simposio:

**La Argentina, problemas actuales  
y perspectivas futuras**

realizado en Augsburg (República Federa-  
l Alemana), del 29 al 31 de octubre  
de 1981.

## I. PRESENTACION

1. El Estado de Derecho, es decir aquel que se somete al Derecho y acepta la regulación y el control de la ley, se institucionaliza a partir de la Revolución Francesa, cuyos principios orientan el nacimiento de los Estados liberales del siglo pasado. Estos constituyeron un importantísimo avance sobre los Estados absolutos, sólo relativamente constreñidos por insuficientes limitaciones de carácter ético, religioso o jusnaturalista. Aparece con ellos el control de tipo jurídico y las consiguientes regulaciones establecidas al Estado por la ley positiva, emanada de la voluntad general, cuyo imperio constituye la condición fundamental que habrá de posibilitar la efectiva vigencia de los otros componentes del Estado de Derecho: separación de poderes, legalidad de la administración y garantía jurídico-formal y realización material de los derechos y libertades fundamentales del hombre.

2. El Estado Liberal de Derecho tiene las insuficiencias propias del Estado Liberal, a cuya aparición se vincula y en consecuencia, sólo parcial y a veces formalmente, cumple con la condición de respetar efectivamente la voluntad general, porque, como tantas veces se ha sostenido, más fuerte que la expresión del pueblo, suele ser la de la alta burguesía, en conexión con lo cual, la ley se concibió más como la expresión de la soberanía nacional que como la manifestación de la soberanía popular, que corresponde a cada uno de los ciudadanos y no a la Nación en su conjunto, entendida como un todo. Estas insuficiencias, sin embargo, no alcanzan a desnaturalizarlo totalmente, ni son argumento suficiente para dejar de considerarlo como una importantísima conquista histórica, que reafirma principalmente su validez, en su indeclinable defensa de básicos derechos humanos.

3. Las limitaciones del Estado Liberal de Derecho dieron argumentos a la reacción para su propuesta de vuelta al absolutismo. El sistema que vendría a superar esas insuficiencias no sería otro que el fascismo, que iba a centrar su crítica, principalmente, sobre el individualismo y el abstencionismo del Estado, característicos en el liberalismo, con alguna hipócrita actitud de condena a las consecuencias del capitalismo. En realidad, la verdadera intención es eliminar el liberalismo, que había llegado a convertirse en un obstáculo para el capitalismo, por lo menos en su versión más dura, a raíz de su apertura hacia formas más democráticas y de más pronunciado progresismo social. Algunos sectores del poder económico que se habían servido del liberalismo, se vuelven totalitarios cuando los principios liberales resultan insuficientes para la defensa a toda costa de los intereses de un capitalismo a ultranza. Por eso, es que se ha podido decir que el fascismo es capitalismo organizado totalitariamente, capitalismo económico más totalitarismo político. Así, el imperio de la ley desaparece ante la voluntad del dictador y se estructura un sistema que exalta la violencia y utiliza el terror, como forma de liquidación de las minorías contestatarias. El argumento filosófico está dado por una Teoría de la sociedad de carácter organicista y transpersonalista, que va más allá de la metáfora —históricamente utilizada en forma reiterada— para proponer una rigurosa identificación entre organismo humano y sociedad, que conduce a la absorción del hombre por el Estado, que se afirma como Etico, frente al Estado de Derecho y en consecuencia puede actuar más allá del Derecho y hasta en contra del Derecho. El fascismo se inspira en una concepción elitista de la sociedad y se apoya en un irracionalismo que desafía a la razón a través de la exaltación del instinto y del romanticismo, útiles para la definición de objetivos siempre expresados grandilocuentemente, tales como la preservación del ser nacional o el cumplimiento de un histórico destino de grandeza, frente a los cuales debía sacrificarse el hombre individual.

4. Las limitaciones del liberalismo, también han intentado superarse desde el campo de la libertad, dando lugar a la aparición de lo que ha sido llamado el Estado Social de Derecho, caracterizado por su propósito de compatibilizar en un mismo sistema las formas de producción capitalista y la búsqueda de un bienestar

general a través de la generalización de la igualdad de oportunidades para la preservación de la salud, la educación, el ocio, el goce estético, etc. Para posibilitarlo, se apela a lo que ha dado en llamarse neocapitalismo, que en su versión más avanzada, si bien conserva la propiedad privada de los medios de producción, tiende a superar otros componentes clásicos del capitalismo, tales como la economía de mercado, o el respecto absoluto de la libre iniciativa, con el propósito de afianzar el Estado de bienestar.

Pero si bien es cierto que el Estado Social de Derecho constituye un real avance histórico, ha admitido a veces la incorporación a su concepción de algunos componentes peligrosos para la consolidación de la democracia. Suele ser, antes que nada, un Estado administrador, que requiere una clara prevalencia del Poder Ejecutivo. Su acción se basa en la movilización de la técnica y la burocracia, con el propósito de lograr un desarrollo orientado hacia el bienestar. En definitiva, ha originado tendencias que procuran que la política ceda ante la administración y que predomine la técnica sobre la ideología, cuyo fin se pronostica, anticipando la despolitización de la sociedad, la sustitución del campo político por la burocracia y la supremacía de los expertos en medios, sobre los expertos en fines.

5. Así como el fascismo fue la respuesta al liberalismo, el neofascismo pretende serlo del Estado de Bienestar, pero ya no para suplantarlo dialécticamente, sino utilizando sus estructuras para provocar cambios de rumbo que lo alejen de la concepción democrática. Se prescinde en parte del anterior delirio grandilocuente y romántico, suprimiendo los aspectos más espectaculares de su propuesta y de su práctica y la pretensión de justificación filosófica y, por lo contrario, se suma a la corriente tecnocrática y desideologizadora. El elitismo, se disfraza detrás de las corrientes preocupadas por la gobernabilidad de la democracia.

Se toma de la idea del Poder Ejecutivo fuerte, en cierta forma propiciada por el Estado Social de Derecho, con el propósito de transformarlo en duro. Desde luego, con el pueblo, cuyo control procura evitarse de modo que pueda ser efectivamente controlado por los grupos más privilegiados del poder económico. Desde otro

punto de vista, se critica al Estado y se lo debilita impidiendo su planificación democrática, apelándose a una hipertrofiada idea de la subsidiariedad del Estado y a la crítica de su rol productor y de su dimensión.

El neofascismo se orienta, en realidad, a defender a todo trance las formas más retrógradas del capitalismo, pero ya no lo hace en defensa de un totalitarismo que no proclama, sino amparándose en principios democráticos que no comparte y a los que no trepida en lesionar, a los que exhibe como seriamente amenazados, por cualquier concepción de avance social.

Al igual que su antecesor, es elitista, pero ya no se apoya en las tremendas definiciones clásicas, sino que aprovecha la nutrida literatura del llamado elitismo democrático para vaciar de contenido a la democracia, que deja de ser una forma de vida, para convertirse en un método para elegir gobiernos, que resulta fácil consagrar a través del manipuleo de la opinión.

Quizás el fracaso más claro del Estado Social de Derecho, se observa en el campo internacional, porque nada serio realizó para eliminar la explotación y mucho menos en la búsqueda de una justicia universal. El neofascismo pretende ir más lejos aún, promoviendo el neocolonialismo.

## II. DESARROLLO

1. El breve recordatorio anterior (por el que pedimos disculpas, si, como pensamos, ha sido considerado innecesario) en el que hemos seguido principalmente la clasificación de Elías Díaz, en "El Estado de Derecho", nos introduce en nuestro tema.

La oligarquía tradicional latinoamericana nace con la colonización, que dio origen a una sociedad señorial mediante el otorgamiento de enormes privilegios, identificada con cierta idea de sacralización del orden establecido, de la que derivaba la creencia en la ilegitimidad de todo cambio. Amenazada por los procesos de la independencia, logra sin embargo conservar su rol hegemónico y aún consolidar su poder feudal.

Siempre impulsó políticas que tenían un solo objetivo: el manejo de la economía, con una misma metodología: la exclusión popular. A través de la historia, las tácticas fueron distintas, cambiando según las teorías en boga, generando comportamientos que supieron ser feudales, liberales, fascistas y actualmente, por lo menos en algunos países, con características predominantemente neofascistas.

En la actualidad, algunos hablan, quizás con razón, de neooligarquía. Por lo menos en algunos países, ya no estamos ante la presencia dominante de la vieja oligarquía de base terrateniente, sino ante una nueva, vinculada prioritariamente al mundo financiero, con fuertes alianzas con el capitalismo internacional, inescrupulosa y totalitaria. No constituye una clase social. No siempre aparecen los apellidos tradicionales. Se la ubica, más bien, por su comportamiento, estrechamente ligado a la especula-

ción y a la pretensión de utilizar el poder, para tener mayores oportunidades especulativas.

La presencia pues, de la oligarquía latinoamericana, con la esencia económicamente estéril de un pináculo de intereses que la caracteriza, acarrearía una consecuencia política inevitable: la necesidad de ejercer un poder excluyente frente a las mayorías, que siempre la rechazarán, ni bien tenga la mínima oportunidad de participación.

Principalmente en los últimos años, en actitud típicamente neofascista, la oligarquía acompañó la tendencia económica que propiciaba la formación de grandes empresas en el marco de los requerimientos de la "economía de escala", con una presión insidiosa contra las ideas y las formas democráticas de gobierno. La técnica consistió, al contrario de la desarrollada por el fascismo, en proclamar reiteradamente su adhesión a los principios democráticos que se agredían en los hechos y minaban en los pensamientos muchas veces con actitudes perfeccionistas, al estilo de las que hicieron que Croce, sin advertirlo, le abriera el camino a Mussolini, volcadas a menudo como críticas más o menos justificadas a la acción de los propios partidos políticos.

El propósito es destruir en el pueblo las convicciones democráticas, o la confianza en reglas que se sabotean para hacerlas fracasar y fomentar la disolución de los principios morales que nutren la democracia y la destrucción de los medios prácticos que la sostienen. Para ello, alentó el egoísmo y debilitó la vocación de solidaridad, de fraternidad entre los hombres, valor ético y necesidad humana, sin los cuales la democracia no puede existir, y se atacó a las distintas formas de organización social a través de las cuales la democracia se expresa y vive, a los partidos políticos, a las asociaciones gremiales o voluntarias, a las cooperativas.

2. La idea de que las fuerzas armadas son depositarias de una misión superior, constituye una constante latinoamericana. Luego de la revolución cubana y sobre todo de su decisión de "exportar" su sistema, se consolida la doctrina de la seguridad continental, que rápidamente comienza a ser asumida como propia por cada

una de las fuerzas armadas de los distintos países del continente. La tesis de que el combate contra la penetración comunista —y aún, sólo marxista— se libra en los más diversos campos, que van de la producción y las comunicaciones a la educación y la cultura, donde se hace necesario verificar permanentemente cuales son las actitudes o tendencias que podrían servir a un avance del comunismo, produciría nefastas consecuencias en países caracterizados por su debilidad institucional y fragilidad política.

Las minorías excluyentes latinoamericanas, aprovecharían de inmediato la nueva teoría: resultaba evidente que por su situación social y la naturaleza de sus intereses, no se encontraría en ellas una sólo actitud que favoreciera al comunismo —a no ser por reacción, enfoque éste del que suele prescindir la teoría de la seguridad continental—, mientras que les resultaría sencillo sugerir su presencia en sectores populares.

De ahí en más, cualquier manifestación de avance social, mereció la imputación de comunista, toda propuesta vinculada a la necesidad de ordenar la economía por medio de la planificación del Estado, consentida democráticamente, estuvo acompañada de la alharaca que el privilegio levantaba en torno del "ataque marxista" que llevaba implícita, hasta llegar a sostener que todo lo que pretendía ordenar o regular la economía, constituía un paso hacia el comunismo.

La prédica, desde luego, era bien recibida por las fuerzas armadas que, por otra parte, seguramente como las de cualquier país del mundo, tienen una óptica conservadora para observar la realidad social. Para ellas, es necesario priorizar el orden frente a la libertad, pero además, las desigualdades sociales constituyen, simplemente, un dato de la realidad.

La técnica del neofascismo ha consistido en hacerles creer que el instrumento básico para impedir el avance comunista, es el mercado, nuevo Dios al que es preciso levantarle altares en todos los lugares donde se toman decisiones, que tienen leyes más sólidas que las de Moisés, porque devienen de la propia naturaleza de las cosas y no del campo de la cultura y expresan relaciones matemáticas de causa-efecto, que determinan un orden establecido de

antemano. Leyes físicas que sólo pueden ser alteradas por los sacerdotes del nuevo culto para servir a la privilegiada feligresía.

Así, el Poder Ejecutivo, debe ser fuerte, muy fuerte, pero sólo para reprimir. Debe ser omnipotente, sin sometimiento alguno al control del pueblo, pero prolijamente orientado por el poder económico. El ideal es Poder Ejecutivo fuerte y Estado débil, subsidiario del privilegio. La subsidiariedad, es la catequesis básica de los santones del neofascismo.

Como dice Samuelson, no se trata de una economía de mercado, sino de un "fascismo de mercado", puesto que la variable de ajuste del sistema que se propugna es el salario de los trabajadores, que deben ser reprimidos violentamente para evitar que su rechazo lo haga inviable.

3. El fascismo propuso una teoría aristocrática de la sociedad, basada en un crudo y manifiesto elitismo, del que, quizás a su pesar, fueron precursores, entre otros, Mosca y Pareto, particularmente éste, con su teoría de la circulación de las élites.

El neofascismo se tomará, en cambio, de lo que ha dado en llamarse la teoría elitista de la democracia, que si bien rechaza la idea de que una jerarquía de atributos permita a nadie definir la condición de jefe o súbdito en un ser humano, constriñe a la democracia, otorgándole un carácter estático que la convierte en poco más que una metodología para elegir gobiernos. El hombre conserva su libertad de votar, pero es preciso evitar sacudir demasiado a las masas aletargadas a la que se ve como amenaza potencial.

Luego de Schumpeter, la literatura sobre el elitismo democrático es muy nutrida y cada vez tiene más auge en los Estados Unidos, de lo que ha sabido sacar provecho la concepción neofascista puesto que toda ella concuerda con la idea de una mayor concentración del poder en manos de las élites, a las que, además, se presenta como árbitros del proceso político, puesto que de no lograr su consenso, el propio sistema estaría irremisiblemente condenado.

Vale la pena mencionar el libro "Crisis of Democracy" editado por la Comisión Trilateral en el que, por ejemplo, se afirma que el éxito de la gestión del gobierno democrático, ha originado tendencias que dificultan su funcionamiento, tales como la búsqueda de igualdad, que habría conducido a la ilegitimación de la autoridad y a la pérdida de confianza en la dirección; o el incremento de la participación, que habría producido una "sobrecarga" al gobierno y una expansión de sus actividades que provocó tendencias inflacionarias; o la competencia política, que al intensificarse, habría provocado la vulnerabilidad del gobierno a las presiones electorales y sociales de fuerza, que alientan paroxismos nacionalistas.

4. Los violentos contrastes de carácter económico y social que se exhiben en Latinoamérica, han originado una profunda crisis de la estimativa, determinada, por una parte, en el rechazo del marco normativo tradicional y por la otra, en la imposibilidad de vencer las poderosas resistencias al cambio. Vastos sectores carecen del grado mínimo de integración con las pautas institucionales necesarias para el funcionamiento del sistema social. Constituyen personalidades anómicas, que pueden ser apáticas, carentes de emoción, deprimidas y "distraídas", sin afectos o sin impulsos, o histéricas y violentas, que han dado origen a cataclísmicos fenómenos políticos.

El hombre actúa de dos maneras: prescriptiva, cuando obedece una norma y electiva, acción en la que afirma su libertad y ejercida su responsabilidad. Pero cuando pretende elegir y discutir el propio marco normativo, lo que en realidad discute y rechaza es el conjunto de creencias y valores, que permiten la solución no violenta de los conflictos y, en definitiva, la vida misma en sociedad.

El neofascismo procurará restablecer los núcleos prescriptivos, rechazando la idea del cambio requerido, que bien podría haber sido el anticipatorio que reclama Fromm, para que la historia deje de ser un cementerio de civilizaciones, a raíz de los cambios catastróficos. Por el contrario apelará a una socialización artificial, pero, sin embargo, al revés que el fascismo, procurará que

no sea el miedo el instrumento, o, por lo menos, que no lo sea de manera fundamental. Utilizará el manipuleo de la opinión, que montará a escala colosal, para trabajar sobre el hombre, necesitado de superar la inaguantable sensación de inseguridad que le produce la desacralización de valores que fueron intangibles. La prédica le inculcará pseudo valores, que lo convertirán en "adulto gesticulante", que se satisface meramente con el gesto. Creerá conocer la realidad y estará realmente desinformado con la técnica del abarrotamiento de la información secundaria. Pensará que participa cuando en realidad se lo ha transformado en un títere moral, que repite conceptos fabricados para un consumo masivo y la afirmación de pautas culturales que afiancen la frivolidad, la peor, la disfrazada de sensatez, la que quiere ser profunda y hasta ética.

5. Una de las cuasas de la desestabilización política latinoamericana, es que la democracia no ha logrado dar satisfacción a las expectativas de los sectores populares, traducidas en requerimientos vinculados a la justicia social y, en definitiva, a la dignidad del hombre.

Ello se ha debido a errores y negligencias de carácter interno, sin duda, pero resulta inocultable la responsabilidad de las economías centrales, que en sus prácticas de comercio exterior, desde siempre, pero de manera especial en los últimos tiempos, han discriminado a América Latina.

Latinoamérica participaba en 1950 con más de un diez por ciento del comercio mundial y en la actualidad no alcanza a un cuatro por ciento. El problema se agrava porque sus importaciones crecen a tasas más altas que sus exportaciones, lo que hace que sus balances tiendan a ser crónicamente deficitarios.

En el mismo sentido, resulta interesante comprobar que las exportaciones del comercio mundial de alimentos, pasaron del cuarenta y seis por ciento del total en 1950, al diez y nueve por ciento.

El resultado de las políticas nacionales de los grandes centros, ha sido una creciente liberación para el comercio de materias pri-

mas que sean insumos industriales y manufacturas muy complejas, que tanto en los Estados Unidos, como en Japón o en el Mercado Común, tienen aranceles muy bajos y un fuerte proteccionismo para toda la producción agrícola y productos industriales que requieran gran cantidad de mano de obra, quizá con la excepción de una tendencia que se advierte con relación a la industria "sucía".

Las consecuencias de estas políticas para América Latina, han sido: lento ritmo de desarrollo económico y social, que ahonda la brecha, fuerte endeudamiento externo, que dificulta inversiones en el desarrollo económico y social y aumento del grado de vulnerabilidad externa y de la dependencia.

Ya habíamos visto que una de las críticas más decididas que merecía el llamado Welfare State, radicaba en su incapacidad para consolidar una tendencia hacia la justicia universal. En los años sesenta, se auspiciaron ciertas formas de cooperación internacional para el desarrollo, que no fueron demasiado importantes ni tuvieron continuidad, tal cual lo demuestran los fracasos globales de las tratativas ubicadas en el marco del diálogo Norte-Sur, pero que al menos significaron un reconocimiento de la existencia del problema y, sobre todo, de la injusticia que suponía. En la década del setenta, en cambio, no sólo se debilita la política de cooperación, sino que se interpreta como equivocada la tendencia a producir cambios de estructura que diversificara la economía de los países en desarrollo y llevaran a sus pueblos mayor bienestar. Se vuelve a la proclamación de los principios capitalistas más crudos y se afirman concepciones monetaristas. Se llega a criticar las políticas de industrialización y las de orientación y canalización de inversiones, así como los ensayos de planificación del sector público y de guía del privado.

Sobre esta tendencia se montarían de inmediato las minorías latinoamericanas, al servicio de sus designios y con una respuesta típicamente neofascista, señalando que la adopción de políticas históricamente consideradas como adecuadas para el crecimiento, son incompatibles con una sociedad democrática, y, además, para cerrar el círculo, que cualquier política que se plantee el objetivo de la distribución del ingreso y la ampliación de la par-



ticipación, es "populista", condenada irremisiblemente al fracaso. Por supuesto, las políticas que se aplauden, son todas las que llevan a la concentración del ingreso, que se justifica por la necesidad de promover la capitalización.

Desde otro punto de vista, se hace también sentir la prédica neofascista. Sin agredir frontalmente a la democracia, se plantea cierta incompatibilidad entre algunas de sus "exageraciones" y el progreso económico y se sostiene que una democracia "fuerte" o "autoritaria", es el camino para llegar a otras formas de democratización.

Cualesquiera sean las características de los gobiernos, el juicio sobre las políticas económicas que se aplican en Latinoamérica, siempre es el que consulta los intereses de los comerciantes o banqueros de los respectivos países. Al respecto, ya hemos dejado de hacernos ilusiones.

Hoy sabemos que en todos los países adelantados, el manejo de la política comercial se considera como una parte de su política exterior, que incluye cuestiones de índole económica, política y militar. Cuando la ecuación juega entre países desarrollados, computa costos y beneficios definidos y cuantificados y la negociación es pareja. Cuando interviene un país subdesarrollado, la presión es inmensa porque no hay posibilidad de réplica, ante cualquier medida, aunque ésta sea la de prohibir lisa y llanamente una importación tradicional.

Es claro, que cuando caen las democracias y aparecen las dictaduras, se forman los comités de defensa de derechos humanos. Por lo menos, hay una solidaridad post-mórtem.

6. El neofascismo, al revés que su antecesor, no expresa una demanda nacionalista, sino que procura articular el sector público, las empresas multinacionales y el sector financiero nacional, que a veces se asocia con algún sector productor "moderno", a condición de que lo acompañe en su empeño de lograr la supresión del apoyo a las anteriores industriales del período de sustitución de importaciones.

Se procura debilitar el sector público, para que la planificación quede en manos de un grupo del poder económico y así llegar al "control corporativo" de las decisiones económicas.

7. Peligrosas tendencias neofascistas, cobran intensidad en los Estados Unidos.

El informe del Comité de Santa Fe, de mayo de 1980, producido por encargo del Consejo para la Seguridad Americana, titulado "Las relaciones interamericanas: escudo de la seguridad del Nuevo Mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos", elaborado por un grupo de expertos, entre los que figuran algunos actuales importantes funcionarios del Gobierno, es un buen ejemplo de la hipertrofia de los valores de la seguridad, donde permanentemente claudican los principios básicos de las ideologías de las dos superpotencias.

Desde luego, lo dicho no significa negar la legitimidad de la preocupación de los Estados Unidos por los problemas estratégicos que hacen a su seguridad, frente a posibles agresiones de la Unión Soviética.

Criticamos, en cambio, la actitud que importa atacar el problema, no a partir de la defensa de la democracia, sino del capitalismo. Y esto, no desde el punto de vista de la elección económica, sino porque al cambiar los objetivos, necesariamente cambian los métodos.

En efecto, se afirma en el informe: "En virtud de la decisión comunista de utilizar todos los medios disponibles para destruir el orden capitalista y para transformar al mundo, la seguridad interna y externa devienen en inseparables".

Destruir el orden capitalista. ¿Y la democracia?: "Estados Unidos no debería tratar de imponer su propia imagen a Iberoamérica. Ni el pluralismo liberal, ni la democracia wilsoniana se han exportado exitosamente."

Nosotros sabemos adónde puede llegar un capitalismo asustado y cómo puede luchar una democracia amenazada. Por eso, nos asustamos y nos sentimos amenazados.

“Estados Unidos, debería promover una política favorable al capitalismo privado, el libre comercio y la inversión interna y extranjera en empresas productivas en América Latina. El capitalismo está dirigido hacia la producción. El socialismo se concentra en la distribución.”

En vez de hacerlo, el gobierno “continúa con una clara actitud de indiferencia estratégica: a la vez que exige reformas sociales, económicas, agrarias y de derechos humanos, como si incluso la más perfecta resolución de estos problemas pudiera detener a la expansión colonial castroide y a la subversión, y pudiera, por lo tanto, resolver las cuestiones estratégicas como un subproducto”.

Sí, puede. Por lo menos mucho mejor que la aplicación de políticas de apoyo a regímenes feudales que hoy explotan a los pueblos con riesgos para la democracia... y el capitalismo.

Adviértanse las siguientes definiciones de característico contenido neofascista: “La política exterior de Estados Unidos debe empezar a contrarrestar (no a reaccionar en contra) la teología de la liberación, tal como se utiliza en América Latina por el clero a ella vinculado.” “Estados Unidos debe rechazar la suposición errónea de que, frente a gobiernos autoritarios, puede desarrollar e imponer fácilmente alternativas democráticas al estilo norteamericano, así como dejar de lado la convicción igualmente conflictiva de que, en tales situaciones el cambio “per se” es inevitable, deseable y del interés norteamericano. Esta creencia ha inducido a la administración Carter a participar activamente en el derrocamiento de gobiernos autoritarios no comunistas, a la vez que adoptaba una posición pasiva frente a la expansión comunista.” “La política de derechos humanos, que constituye un concepto cultural y políticamente relativo que la presente Administración ha utilizado para intervenir a favor del cambio político en algunos países de este hemisferio, afectando de manera adversa la paz, la estabilidad y la seguridad de la región, debe ser abandonada y reemplazada por una política no intervencionista de realismo político y ético.” “Si Estados Unidos se conforma con la política exterior que promueva la paz, la estabilidad y la exclusión del comunismo del continente americano, habrá bastantes ocasiones para promover el respeto de libertades civiles concretas, y una verdadera

mejoría económica para todos los pueblos del continente americano.”

En el mismo sentido, expresa la Plataforma del Partido Republicano: “América Latina es un área de interés primario para Estados Unidos. Sin embargo, las políticas de la administración Carter han provocado una declinación precipitada en las relaciones de Estados Unidos con casi virtualmente cada país de la región. Las naciones de América del Sur y Centroamérica han sido golpeadas por las sanciones diplomáticas y económicas de la administración Carter, unidas a los cargos indiferenciados de violaciones de derechos humanos.” “Retornaremos al principio fundamental de tratar a un amigo como tal y a los autoproclamados enemigos como tales, sin disculpas.” “Nos comprometemos a comprender y a asistir los esfuerzos de esas naciones y de sus vecinos para tratar seriamente con los problemas internos... Se combatirán revoluciones y la violencia producidas externamente.”

8. En los últimos años, la Iglesia Católica se ha convertido en una de las principales fuerzas de oposición a los regímenes despóticos militares de América Latina y en no pocas ocasiones ha abierto la brecha por donde se ha filtrado la movilización popular.

Su dura condena a sistemas autoritarios responsables de promover la injusticia social a grados incompatibles con la dignidad del hombre y la búsqueda del bien común a través de la participación, la han definido como un aliado invaluable en los procesos de democratización que se intentan llevar a cabo.

El cuestionamiento ético de la Iglesia a los gobiernos militares profundiza sus crisis de legitimidad y efectiviza su aislamiento, lo que ha provocado en aquéllos una cierta preocupación institucionalizadora, que comienza a originar ensayos de pretendida restauración democrática, donde el establecimiento de límites al disenso garantice el gatopardismo de la experiencia.

### III. CONCLUSIONES

1. La sociedad latinoamericana en crisis reclama un esfuerzo permanente, sistemático y riguroso, para evitar cambios regresivos que se originan en el campo económico, pero que comprenden al propio orden social y, desde luego, a la personalidad del hombre, cuya dignidad lesionan.

La comprensión cabal de esta realidad, por tantas razones acuciante en latinoamérica, reclama una nueva política que se lance con audacia e imaginación a la reconquista de una democracia que dé respuesta a las ansias de libertad del hombre, pero también se ocupe de plasmar una sociedad más justa y más igualitaria, edificada sobre la reconstrucción de un código moral que termine con el enajenamiento, la deshumanización y la irracionalidad.

En cada país, los partidos políticos deben concretar compromisos que definan verdaderos comportamientos nacionales, a través de la aceptación de comunes denominadores que marginen de la competencia política a un conjunto de definiciones fundamentales, que constituirán el núcleo de ideas y creencias y el marco de referencia donde se asentará el desarrollo democrático y la legitimación del sistema.

2. En el orden regional, debe comprenderse que cuando los pueblos no gozan de sus derechos y libertades, sus gobiernos carecen de autoridad para reclamar el derecho y la libertad entre las naciones.

La política exterior de cada uno de los países latinoamericanos debería expresar una reivindicación nacional y regional,

frente a las diversas manifestaciones discriminatorias características de la dependencia y el neocolonialismo.

Corresponde a los partidos políticos promoverla sobre la base del derecho y la justicia, con el propósito de quebrar de una vez y para siempre los condicionamientos externos de nuestra actual inserción internacional, sobre la base del principio de la igualdad jurídica de las naciones y con la decisión de contribuir al éxito final del sistema institucional de organización internacional.

Esta responsabilidad común impone la necesidad de constituir la internacional democrática latinoamericana, integrada por las distintas corrientes ideológicas que luchan por la justicia y la igualdad sin sacrificio de la libertad.

De esta forma, se ganará en eficacia en la lucha por la paz y el bienestar para terminar con todo tipo de dominación ejercida por un Estado sobre otro. Así como con todos los regímenes totalitarios y los grupos elitistas que desde la derecha sectaria o la izquierda drástica conspiran contra el progreso de los pueblos y la dignidad del hombre.

El nuevo organismo de los partidos democráticos latinoamericanos, deberá actuar en dos direcciones: hacia adentro, para apuntalar todas las luchas democráticas del continente y hacia afuera, con el propósito de influir sobre dirigentes democráticos de Europa y Estados Unidos para que desechen la idea de que es posible mejorar el nivel de vida de sus pueblos, sobre la base de la explotación o el abandono de los pueblos de los países en vías de desarrollo y para que comprendan la gravedad de la aparición de tendencias que ven en las manifestaciones populares de América Latina enemigos potenciales de la democracia, mientras afirman su amistad con gobiernos autocráticos, a los que se los distingue eufemísticamente de los totalitarios.

Podemos demostrar que si se nos pide que luchemos por la democracia estaremos dispuestos. Pero que si se nos convoca como ahora, en nombre del capitalismo, sinónimo en Latinoamérica de abuso y privilegio, de contraste social y miseria, de dependencia e

injusticia, no nos encontraran. Aunque acudirán presurosos los opresores, abanderados de todas las minorías agresivas.

3. La prédica de los gobiernos militares, si bien no alcanza a cubrir los fracasos de su gestión, impide que lo que es una derrota categórica de la reacción, sea al mismo tiempo un triunfo de las fuerzas de la democracia.

El hecho de que el neofascismo se presente a sí mismo como sostenedor de la democracia, aunque más no sea que en una extraña acepción que la convertiría en sinónimo de anticomunismo, no ha sido inconveniente para que uno de los objetivos del manifiesto de la opinión que lleva a cabo como instrumento fundamental de su penetración ideológica, sea llevar al ánimo de algunos sectores, principalmente de las capas medias, que la democracia es un lujo de países ricos y, consecuentemente, sugerir la necesidad de soportar gobiernos despóticos por lustros, o quizás décadas. De esta forma, quienes reclaman contra la arbitrariedad o el secreto de la gestión, son irresponsables demagogos.

Esta prédica tiene un grado de penetración. Pero aún más éxito han tenido al lograr que, de una u otra manera, todos discutan en el campo que ellos han definido. Hasta pareciera que hubiera asuntos que no se cuestionan más. Es como si se hubiera producido un achicamiento de las postulaciones, una fatiga de la crítica y de la réplica, un debilitamiento de las defensas de la sociedad, que ya no es consecuencia del miedo, sino el resultado del manipuleo, lo que es más grave.

Permanentemente, a través de los medios masivos de difusión, se le habla al pueblo en nombre de la democracia, para que adopte las posiciones reaccionarias requeridas por el régimen. Muchos caen en la trampa, que no los habría atrapado si el mensaje hubiera sido claramente fascista.

Lentamente, todo comienza a observarse desde un ángulo distinto: derechos humanos, el rol del Estado, la enseñanza, los capitales extranjeros y hasta la incorporación permanente de las fuerzas armadas a las estructuras del poder.

Tanta es la opresión, tanta la inseguridad, tanta la desesperación por recuperar al menos algunos derechos, que algunos pueden sentirse proclives a aceptar un régimen neofascista, como forma de superar el despotismo.

Los partidos políticos tienen la obligación de alertar acerca de esta tentación, y, fundamentalmente, rechazarla ellos mismos, no para caer en extremismos ni en intransigencias ulteriores sino para evitar claudicaciones definitivas, al seguir un camino que conduce a la consolidación de un sistema que en última instancia sólo se diferencia del fascismo, por su hipocresía.

La fuerza inmediata y disponible de los partidos políticos, su capacidad convocante para articular la respuesta de la ciudadanía, radica en la potencia de sus convicciones democráticas, de su organización y de su propuesta. Y la propuesta se nutre de ideas. De las de siempre, que no pueden abandonarse y de las que hay que generar con idoneidad técnica, para romper el cerco de la pobreza, de la opresión y de la inseguridad. No lo conseguirán si se convierten en cómplices inconcientes de un proyecto, que sólo ve en la democracia, la fachada que esconde la vieja discriminación.

4. Los partidos políticos latinoamericanos están triplemente desafiados. Deben recuperar, o, en su caso, consolidar la democracia, producir la indispensable reparación social y reconstruir la economía. Y los más grave es que estos objetivos no pueden ser de logro sucesivo, sino simultáneo.

Historicamente, el fracaso de la democracia en Latinoamérica ha estado vinculado a su incapacidad para solucionar los más serios problemas económicos y sociales, lo que siempre provocó la exacerbación de la pugna distributiva, que a la postre resultaba ser portadora del mandón de turno.

Frente a tanta expectativa insatisfecha de los sectores populares y ante la falta de rentabilidad empresarial de los sectores dinamizadores a acompañar un proceso de democratización, los partidos políticos deben disponerse a mediar entre los mismos, con el pro-

pósito de evitar que la pugna distributiva tumbé el proceso ni bien éste se ponga en marcha.

Será necesario arribar a un pacto político-social en el que se definan cuales han de ser durante un período determinado las pautas de acumulación requeridas para la reconstrucción económica y cuales las formas de redistribución que atiendan a elementos requerimientos de justicia social.

Los españoles, con los pactos de la Moncloa, nos han dado un ejemplo interesante.

5. Los partidos políticos latinoamericanos deben dar un sentido más profundo a su crítica. El régimen acepta protestas y reclamos sectoriales, que a veces sirven para dar una falsa imagen de participación. De esta forma, el debate político adquiere características corporativas que a menudo exhiben reivindicaciones contradictorias que aumentan la desorientación de la sociedad.

Los partidos políticos no pueden confundirse en la vocinglería más o menos superficial de los reclamos inmediatos y parciales y aunque siempre deben estar atentos a la coyuntura y ser portavoces de las reivindicaciones que corresponda, ellas, en todos los casos, deben obedecer a las razones profundas que dan sentido a su presencia histórica y vincularse claramente con su definición democrática.

Definición democrática, que aunque no lo crean los déspotas, tiene hoy mucho que ver con la defensa de la soberanía. En el mundo carenciado que vivimos, los países desarrollados buscarán lo que les falta, en los países atrasados. Ya han comenzado a discutir principios del Derecho Internacional hasta ahora pacíficamente admitidos, tales como el de autodeterminación y la propia soberanía, particularmente en relación con el problema del petróleo. Frente a los nuevos requerimientos, serán más vulnerables los países subdesarrollados políticamente que los subdesarrollados económicamente. Y la fragilidad política de los países latinoamericanos, deriva de su falta de democracia.